

Confusión en la izquierda

EL proceso social y político chileno atraviesa por un período en el cual la confusión pareciera ser uno de sus rasgos centrales. La causa verdadera de esta confusión radica, a nuestro juicio, en el hecho de que el sistema burgués capitalista está irremediablemente sumido en una crisis aguda y sin salida. Y, lo que es más, las fórmulas propuestas por las fuerzas del centrismo reformista, destinadas ilusoriamente a remediar la crisis del sistema, también han demostrado su incapacidad para entregar una solución adecuada.

El predominio prolongado y pertinaz, en el seno de la propia izquierda chilena, de la mentalidad reformista, ha contribuido, por una parte, a afianzar directa o indirectamente la vigencia de los partidos centristas y, por otra, ha obstaculizado la formación de una lúcida conciencia revolucionaria, capaz de cuestionar el sistema en términos eficaces. De este hecho resulta como consecuencia inmediata la automatización de buena parte de las fuerzas que conforman la llamada izquierda chilena, y, al mismo tiempo, se ha producido la consiguiente desorientación ideológica.

Algunos, superficialmente, creen que esta realidad es producto de serias desviaciones propias de extremismos pequeño-burgueses y, en no poca medida, consecuencia de un infantilismo verbalista y revolucionario. Incluso, hay también quienes piensan que se trataría de burdos "provocadores" al servicio del imperialismo. ¡Nada más falso y tendencioso! La verdad es que el fracaso del sistema incluida sus sedicentes variantes reformistas hace imprescindible una respuesta francamente revolucionaria de parte del movimiento popular chileno.

Y tal respuesta no se encuentra aún suficientemente elaborada. Nadie puede por eso arrogarse el derecho a detentar la verdad absoluta en cuanto a cuáles deben ser la estrategia y las tácticas aconsejables. Pero ello no autoriza a desestimar la imperiosa exigencia de proporcionar una respuesta revolucionaria despojada de eufemismos y de limitaciones engañosas. Lo único cierto es que, atendida la crisis del sistema, América latina no tiene otra salida que romper definitivamente el esquema de capitalismo dependiente dominante en nuestros pueblos y abrir paso a transformaciones verdaderamente revolucionarias en sus viejas estructuras económicas.

Todo lo anterior exige urgente e imperiosamente una reeducación de las fuerzas políticas chilenas, la modernización de programas y, por sobre todo, un estudio serio y exhaustivo de las tácticas a emplear en las luchas emancipatorias.

Es claro que el tránsito de una "vieja izquierda", dominada en lo esencial por una concepción reformista y parlamentaria, hacia una "nueva izquierda" revolucionaria no es tarea fácil y exige el abandono de prácticas asimiladas al tradicionalismo politiquero, el rechazo a la seducción proyectada por un exitismo electoral inmediatista, y la adopción de metas muy definidas que apunten a la ruptura real con la institucionalidad burguesa.

LA DEFUNCION DE LOS IDEOLOGISMOS REFORMISTAS

Las tácticas oportunistas de los partidos centristas e incluso las concepciones reformistas alojadas en el seno de los propios Partidos de la Izquierda tradicional, no conducen a la transformación revolucionaria de la sociedad.

Este aserto se encuentra reiteradamente comprobado por la experiencia histórica en todos los países del mundo en donde han triunfado movimientos presuntamente calificados como "socialistas reformistas". El izquierdista fabiano Harold Wilson, en Inglaterra, como el social demócrata Willy Brandt, en Alemania, o el socialista democrático Giuseppe Saragat, en Italia, cuando más podrían aspirar a construir el ala izquierda del único Partido Político de los Estados Unidos: el Partido Norteamericano, es decir, Republicanos y Demócratas, dos versiones de una misma realidad. Todos estos líderes, Socialdemócratas reformistas, no son sino los puntales del viejo orden capitalista occidental, comandado hoy día por los Estados Unidos. En Francia, la alternativa electoral planteada, entre el poder reaccionario, representado por un De Gaulle y la "izquierda unida" representada por Mitterand, fue desde un comienzo absolutamente falsa. Mitterand, tanto en su política interna como en la internacional, jamás estuvo a la "izquierda" de De Gaulle. Al contrario, en muchos aspectos significativos Mitterand se definió como un partidario de las posiciones pro-norteamericanas en forma ostensiblemente más abierta que De Gaulle. La verdadera alternativa entre un poder reaccionario y un poder revolucionario sólo se dio en la gran crisis de Mayo y no precisamente como producto de la acción de la vieja izquierda francesa acaudillada por los Mitterand, Mallet o Rochet, sino de la joven izquierda, destituida de liderazgo, pero animada de un auténtico espíritu revolucionario.

En América latina ocurre otro tanto. El reformismo izquierdizante, populista y demagógico representado por los señores Figueres, Betancourt, Belaúnde, Frei, Frondizi y Goulart, se contenta con ser un mero administrador de un capitalismo modernizado y de los intereses imperialistas remozados bajo las nuevas fórmulas de la Alianza para el Progreso. Toda esta variada colección de líderes políticos, cuya argamasa filosófica se inspira en el viejo liberalismo racionalista europeo, en un neo marxismo —pacifista y parlamentario— y en un moderno cristianismo comunitario, se ha revelado incapaz de crear una alternativa real de Poder frente al sistema capitalista y a su expresión ulterior: el imperialismo monopolista de Estado. Sin embargo, a pesar de los esfuerzos gastados por los sostenedores del reformismo mundial, por arriba y por debajo de ellos, se nos viene encima todo un mundo joven, incontentible, liderizado por fuerzas auténticamente revolucionarias, dispuestas a barrer implacablemente con el pasado y crear las condiciones para que nazca el Hombre Nuevo de que nos hablaba el Che Guevara.

ESTRATEGIA Y TACTICA

La finalidad última y esencial del socialismo está constituida por la construcción de un tipo de sociedad

que logre, más allá del simple reemplazo de una institucionalidad por otra, la implantación de un nuevo orden de valores destinado a hacer posible la realización plena de las infinitas potencialidades del hombre.

De ahí, entonces, que toda acción, toda conducta y toda táctica deben guardar estricta consonancia con esta alta y trascendente finalidad.

Por eso, las prácticas y métodos tradicionales del reformismo son intrínsecamente negativos. Primero, porque en verdad no tienen como meta fundamental la construcción de una sociedad socialista; y además, porque los métodos propuestos por el reformismo, ambiguo y confuso, tienden, en definitiva, más a preservar el orden existente que a su destrucción y ulterior sustitución. Y segundo, porque la metodología reformista parte del falso y contradictorio supuesto de que las clases conservadoras consentirán pacíficamente en su derrocamiento. La verdad, a este respecto, es muy otra.

Las clases detentoras del Poder se han resistido siempre —y no existen razones para suponer que en adelante no seguirán igual conducta— a hacer abandono —sin lucha— del Poder en manos de la clase obrera, su enemiga irreconciliable. Parece indudable que el empleo por parte de las "fuerzas izquierdistas" de tácticas y formas de lucha consentidas por el régimen jurídico burgués —con exclusión de formas de lucha ilegales— conduce inevitablemente a desvirtuar los objetivos propuestos. Un objetivo revolucionario jamás podrá ser logrado a través de formas de lucha reaccionarias.

En otras palabras, no es posible educar a una vanguardia revolucionaria en la mentalidad y en los procedimientos impuestos por el sistema democrático-parlamentarista sin que produzcas posibles situaciones prerrevolucionarias, tal vanguardia deje de actuar conforme a los hábitos y prácticas tradicionales, en las cuales se educó. No es raro por esto, que en más de una ocasión los fines propuestos por los revolucionarios se hayan desvirtuado a causa de los métodos reformistas empleados. Un objetivo revolucionario exige un estilo revolucionario. El insalvable divorcio existente entre los fines perseguidos por la reacción y los de la revolución, está dado, no sólo por la diferencia abismal entre estos objetivos, sino además por sus estilos, métodos y prácticas de combate.

Por eso, resulta fundamental que las fuerzas que luchan "teóricamente" por el socialismo no aparezcan confundidas "prácticamente" con aquellas que luchan por la conservación del orden actual. Dentro de las democracias burguesas, incluida por cierto la nuestra, los partidos de izquierda a menudo aparecen buscando situaciones de poder parlamentario, mediante la satisfacción de clientelas electorales y en el orden de las reivindicaciones sindicales, éstas adoptan un carácter predominantemente economicista, despreciando el aprovechamiento político que la confrontación de clases ofrece.

LOS PROGRAMAS

La izquierda chilena ha incurrido, a nuestro juicio, en el grave error de acentuar exageradamente su preocupación por la elaboración de

programas más que de precisar tácticas y formas de lucha. Detrás de esta deformación se esconde un escepticismo consistente en creer que un programa revolucionario puede reemplazar una conducta revolucionaria.

En definitiva, el programa a aplicarse por un Gobierno revolucionario dependerá de las condiciones objetivas dentro de las cuales se desenvuelva. El caso concreto lo tenemos en Cuba. Las metas propuestas por los revolucionarios, el 26 de julio de 1953, muy poco tuvieron que ver con las efectivamente fijadas el 19 de enero de 1959 —año del triunfo de la revolución— y menos aún, con aquellas que en definitiva se aplicaron durante el curso del proceso revolucionario, en años posteriores, en los cuales la revolución cubana adoptó el carácter de una revolución auténticamente socialista.

Programas más o menos radicales pueden hoy en día ser suscritos por la mayoría de las fuerzas políticas. No pensamos que el escollo básico para la "unidad" de las fuerzas revolucionarias radique esencialmente en el contenido de un programa. En Chile existe cierto consenso en cuanto a la necesidad urgente de introducir cambios. Surgen discrepancias cuando se entra a precisar el carácter y la velocidad de estos cambios.

Pero, la divergencia de opiniones se ahonda cuando se trata de determinar con exactitud las formas concretas de acción para producir los cambios deseados. Por eso, ahora, más que los programas, lo que debe definir la conducta de los partidos, son las tácticas de lucha a emplear en función de dichos cambios. Una plataforma programática de tipo socialista no es difícil sea suscrita por una amplia gama de Partidos. Por eso creemos que aquello que define la posición, tanto de las organizaciones políticas como de los individuos, no es su mayor o menor adhesión a determinadas premisas programáticas, sino, fundamentalmente, su concepción frente a los valores representativos de la institucionalidad burguesa. Sólo a vía de ejemplo enunciamos algunos de aquellos temas que, a nuestro juicio, son realmente definitorios de las posiciones políticas sustentadas por los Partidos de centro, de derecha y de izquierda y que, en consecuencia, marcan el carácter reformista o revolucionario de ellos.

LA TOLERANCIA DEL SISTEMA RESPECTO DE LOS CAMBIOS

Para un extenso sector de militantes del pensamiento de avanzada es de algún modo posible llegar a fundar una sociedad socialista mediante la utilización de los mecanismos que brinda la institucionalidad burguesa, propiciando para ello cambios sucesivos, pacíficos y evolutivos. En otros términos, el sistema capitalista y la democracia representativa tolerarían en su seno "cambios legales" de tal magnitud que harían posible —gradualmente— su reemplazo por una sociedad socialista.

Indudablemente, la imagen creada en torno a esta idea no puede ser más seductora, puesto que ella permitiría el tránsito de una sociedad a otra sin mutaciones bruscas, ni violentas y de manera indolora. Por alguna razón misteriosa —que los sostenedores de esta tesis no logran aclarar— las clases explotadoras se



CARLOS ALTAMIRANO, dirigente socialista.

resignarían buenamente a hacer dejación de sus inmensos privilegios en manos de las clases oprimidas. Esta forma de entender las cosas está en el centro del ideologismo reformista y constituye uno de los pilares básicos sobre el cual descansa toda su estrategia de cambios.

¿Por qué decimos esto? Porque indudablemente si aceptamos la hipótesis de que el sistema vigente tuviera la extraña virtud de aceptar transformaciones en su ser íntimo de tal naturaleza que hicieran posible su destrucción para dar paso al socialismo, querría decir que las formas violentas e ilegales de lucha carecerían de toda validez histórica, ética y política. Si por el contrario, las fuerzas conservadoras del Estado capitalista jamás permitirían tales transformaciones, todas las formas de lucha serían justas y legítimas. Históricamente está demostrado que jamás un sistema social ha sido substituido por otro —radicalmente distinto— de manera pacífica y gradual. Todas las diversas formas de organización social han surgido como resultado de convulsiones violentas ocurridas en el seno de la vieja sociedad y como producto de dramáticos antagonismos planteados en ella.

No desmiente esta idea, sino que la afirma, el hecho de que dentro de los Estados capitalistas se haya impuesto un régimen de administración basado en la llamada "democracia-representativa", la que en teoría permitiría, a través del sufragio universal y de reformas legales sucesivas, cambios básicos en la estructura social. La verdad es que, tampoco en estos regímenes, las fuerzas revolucionarias han conquistado el poder sirviéndose de la vía electoral.

Todos los reformistas que ingenuamente han pretendido valerse de los cauces abiertos por las democracias burguesas para introducir cambios radicales en la estructura social, o han fracasado o han pasado a constituirse, de una u otra manera, en simples soportes del sistema. Como ya se ha dicho, el reformismo europeo, expresado en los Partidos socialdemócrata, laborista, demócratacristiano o socialistas demócratas son hoy día los grandes guardianes del orden imperialista mundial. Igual ha sucedido con los sedicentes reformistas latinoamericanos,

sean de origen marxista o cristiano, quienes también han concluido por transformarse en simples administradores del status neocolonial dominante en nuestros pueblos. Incluso, en Europa Occidental hasta los Partidos Comunistas están corriendo el serio peligro de integrarse en tal forma al sistema que no constituirán ya una amenaza grave para su estabilidad.

El sistema liberal-capitalista asume en último término uno de dos comportamientos frente al desafío de las fuerzas reformistas: o las neutraliza asimilándolas o las rechaza expulsándolas. Tal conducta la adoptará según el grado de peligrosidad del movimiento reformista. En América latina hemos visto cómo cada vez que determinados gobiernos reformistas han sobrepasado los límites de tolerancia del sistema han sido irremediadamente depuestos.

En síntesis, a nuestro juicio, "cambios sociales rápidos, generalizados y profundos", no pueden realizarse dentro del régimen democrático representativo, a causa precisamente del carácter esencialmente ilusorio que reviste la democracia en esta categoría de sistemas. La democracia existe a condición de que quien la administre sea la burguesía. Cada vez que la burguesía ha visto cuestionado su poder ha recurrido al paredón reaccionario, a toda clase de leyes represivas y ha acusado a sus impugnadores de terroristas, sediciosos y liberticidas.

A diferencia de lo que algunos sostienen no creemos que tales mecanismos de defensa del orden burgués puedan ser vulnerados mediante reformas "tácticamente bien concebidas" las cuales, aplicadas inteligentemente podrían llegar a privar a la clase dominante de sus "factores de poder" y obligarla a capitular pacíficamente.

Para nosotros es evidente que el sistema no puede ser alterado en su esencia sin mutaciones en la estructura del poder. Esto es, el reemplazo de la clase social dominante por la clase trabajadora. Otra cosa es que el tránsito de formas de producción capitalista hacia formas de producción socialista puedan hacerse gradualmente. Pero la transferencia del poder de manos de una clase a otra ha sido siempre brusca en todos los países en los cuales ha triunfado una revolución socialista o burguesa. Repletos, lo que sí puede adoptar modalidades específicas y supone un transcurso más o menos prolongado de tiempo, es la transformación de las estructuras que confieren a una sociedad el carácter de capitalista o socialista.

INTERVENCIONISMO ESTATAL

Los reformistas cristianos, marxistas o socialdemócratas laicos, otorgan una particular importancia al intervencionismo estatal como mecanismo para precipitar la transformación de las estructuras socio-económicas vigentes en un país. Este intervencionismo, lejos de lograr sus objetivos, sólo facilita y acentúa el dominio ejercido por las clases poseedoras. En los estados capitalistas altamente desarrollados se ha producido la sustitución del régimen de libre concurrencia por un régimen monopólico. El Estado no es ya más que un administrador de los grandes inte-

(Pasa a la vuelta)

(De la vuelta)

reses monopolísticas, dando así origen al llamado "Capitalismo Monopolista de Estado". Aquí se ha operado la identificación absoluta de los intereses de la burguesía monopolista con los del Estado. Antes, la ideología liberal confería al Estado el papel de árbitro del capitalismo competitivo.

En Chile, por ejemplo, al amparo de este modelo de intervencionismo estatal, la burguesía ha profitado insaciablemente y es así como desde 1938 a esta parte, ha florecido todo un vasto sector cuya riqueza emana exclusivamente de privilegios cambiarios, tributarios, aduaneros, crediticios y de toda clase de exenciones y de franquicias administrativas.

Como puede apreciarse, el intervencionismo estatal y la planificación económica sirven tanto para consolidar los intereses hegemónicos de la burguesía monopolista, como para afianzar el precario dominio de las burguesías nativas habitantes de los países subdesarrollados.

PODER PARLAMENTARIO

Otro de los elementos constitutivos de la ideología reformista es su credulidad en la eficacia del poder parlamentario para transformar por la vía legislativa la sociedad vigente. Tal idea pareciera fundarse en la convicción de que el Parlamento constituye realmente un centro de Poder, autónomo del Poder central y ajeno, en consecuencia, al dominio de las clases dominantes. El parlamento es una institución más a través de la cual el Estado capitalista administra sus intereses. Aún más, hoy día, incluso en aquellas sociedades en las cuales existe una antigua tradición parlamentaria, éstas han sido privadas de la mayoría de sus facultades y reducidas a simples "clubes" de entretenimientos, donde se discuten problemas de gran interés, pero sobre los cuales no corresponde pronunciamiento y en cambio, se decide sobre materias adjetivas, las cuales no vale la pena discutir.

La administración del Estado capitalista es realizada soberanamente por el Poder Ejecutivo. En él se encuentra radicado prácticamente la suma del Poder, quien lo ejerce a través de pequeños y herméticos círculos administrativostecnocráticos. En Estados Unidos, por ejemplo, materias tan trascendentes como la guerra de Vietnam, o los grandes y costosos experimentos espaciales no pasan por la instancia parlamentaria.

En Chile, al margen de la demagogia desatada por los gobiernos en orden a crear la sensación de que el Ejecutivo no dispone de los elementos suficientes para administrar la Nación, el hecho concreto es que el Poder Central decide con absoluta independencia la política monetaria, crediticia, de comercio exterior, la inversión pública, el gasto fiscal, las relaciones internacionales, aparte de innumerables facultades privativas del Presidente de la República para conceder beneficios aduaneros, tributarios y cambiarios. Si a estos agregamos el control irrestricto del Poder Ejecutivo sobre todo el aparato policíaco represivo estatal, la evidente interferencia en el Poder Judicial y al inmenso cúmulo de facultades de que dispone para intervenir en la formación de las leyes a través del derecho exclusivo para proponer pro-

yectos de leyes que inciden en cierto tipo de materias, las urgencias, los vetos, etc., concluiremos que si bien en la teoría hay tres poderes, en la realidad existe uno solo. En la fase actual del proceso histórico mundial los Parlamentos constituyen reliquias del pasado.

CARACTERÍSTICAS DE LAS LUCHAS SINDICALES

En relación al carácter de las luchas sindicales, los reformistas piensan que, a través de confrontaciones parciales de clase, fundados en meras reivindicaciones de carácter económico, es posible configurar un elemento de presión sobre el sistema, de tal importancia, que tenga la virtud de cuestionarlo en su conjunto. Creemos que esto no es así. Por el contrario, la experiencia demuestra cómo el uso y abuso de esta modalidad de lucha no conduce a la formación y profundización de una conciencia de clase —ni menos revolucionaria— sino a lo más, contribuye a integrar el sindicalismo obrero en el sistema burgués, mejorando transitoria y precariamente su standard de vida, y contribuyendo a crear en más de una ocasión núcleos aristocráticos de presión en el seno de la clase trabajadora que a la postre no devienen sino en puntales de él mismo.

No hay la menor duda, toda la lucha sindical debe realizarse bajo una orientación y con un sentido político en forma de crear y profundizar una vigorosa conciencia de clase en los trabajadores, de manera que les permita cumplir su misión histórica básica, cual es la de ser los protagonistas centrales de la revolución social y no meros espectadores pasivos de ella.

En síntesis, para el reformismo la tolerancia del sistema para permitir cambios esenciales en su seno, la acción parlamentaria y las luchas sindicales son elementos básicos en la "estrategia reformista" de cambios, en tanto que, para los revolucionarios, ellos no son sino factores complementarios de una "estrategia revolucionaria" capaz de materializarse también en tácticas revolucionarias.

LAS ELECCIONES

La ideología reformista asigna total legitimidad a la generación del poder efectuada a través de los actos electorales. Para ellos, en último término, estos serían la fiel expresión de la voluntad soberana de la nación.

Por nuestra parte, debemos decirlo de una vez por todas y claramente: los actos electorales, tal cual se practican dentro del sistema democrático-burgués, no reflejan la expresión auténtica de la voluntad de los pueblos. Son tan manifiestos los vicios de que adolecen los mecanismos electores y las deformaciones que experimenta la conciencia del elector que ellos carecen de validez para traducir su voluntad real. Como lo expresara una vez el Comandante Guevara, "la técnica se puede usar para domesticar a los pueblos y se puede poner al servicio de los pueblos para liberarlos".

En las sociedades burguesas —en gran medida— la opinión pública es prefabricada a través de la instrumentación científica de los medios de comunicación de masas. El manejo de los mecanismos publicitarios y propagandísticos en escala

jamás conocida antes, por parte de los sectores minoritarios de la sociedad, distorsionan absolutamente toda expresión fidedigna de las mayorías ciudadanas.

El efecto de este proceso desquiciador de la conciencia pública podría ser comparado perfectamente bien al efecto producido en una máquina computadora si es alimentada con datos falsos o incompletos. Evidentemente, si esto sucede, la respuesta del computador tendría que ser equivocada o parcial de acuerdo a los datos suministrados.

Si el electorado recibe día a día el impacto brutal de una propaganda intencionada y distorsionadora de la verdad lógicamente ha de expresar una voluntad influida por estos elementos deformantes que se descargaron sobre sus conciencias. Sólo así puede explicarse el hecho de la extraordinaria continuidad mantenida por las distintas fuerzas políticas en las luchas electorales y el ningún avance de los movimientos de avanzada o revolucionarios.

Por ejemplo, en Inglaterra, durante los últimos veinte años el electorado se ha dividido entre laboristas y conservadores en porcentajes que han fluctuado entre el 45 y el 48 por ciento para una u otra tendencia política. El Partido Comunista jamás ha conseguido más de un 2 por ciento. En Bélgica, durante este mismo lapso, el Partido Comunista ha obtenido en promedio un 5 por ciento del electorado. El Partido Socialista, un 30 por ciento y la Democracia Cristiana, un 45 por ciento. En algunos años ha aumentado el porcentaje socialista a costa del comunista. En otros, especialmente al concluir la Segunda Guerra Mundial, ganó votación el Partido Comunista. En Francia, el Partido Comunista inmediatamente después de la guerra, el año 1946, obtuvo el 28 por ciento del electorado, para descender progresivamente hasta al 21 por ciento, porcentaje mantenido con pequeñas fluctuaciones en las últimas dos décadas. El Partido Socialista ha alcanzado en promedio un porcentaje del 15 por ciento. Y el Movimiento Degaulista, en sus distintos matices, ha oscilado en torno al 35 por ciento. Otro tanto ha ocurrido entre las dos fuerzas que se reparten el electorado en Alemania Federal. El Partido Socialdemócrata normalmente ha sacado el 30 por ciento del electorado; y el Partido Demócratacristiano, el 45 por ciento. Por último en Italia, el PC del 31 por ciento que obtuvo el año 48 ha descendido en los años posteriores a cifras aproximadas al 21 por ciento, la democracia cristiana se ha mantenido en torno al 42 por ciento y los socialistas en sus distintas versiones, cerca del 20 por ciento.

En Chile, las cifras tampoco arrojan grandes variaciones. El Partido Socialista ha oscilado alrededor del 12 por ciento. Igual ha ocurrido con el Partido Comunista. Sólo la Democracia Cristiana ha experimentado importantes aumentos a costa de las fuerzas propiamente reaccionarias. De lo anterior podemos colegir que en el hecho existen ciertas constantes históricas en los cómputos electorales muy difíciles de alterar. Todo esto sin considerar la escasa participación del electorado en los procesos electorales. Aún en aquellos países donde ésta es relativamente alta —como son los Estados Unidos e Inglaterra— no alcanza más allá del 70 por cien-

to de los ciudadanos inscritos. Y si a este hecho agregamos que el número de inscritos es sólo una pequeña porción del total de habitantes de un país en condiciones de expresar su voluntad, resulta que la voluntad de una nación, expresada a través de los mecanismos electorales, es parcial, fragmentaria y se encuentra seriamente distorsionada por la circunstancia en que ella se realiza.

En resumen, para un revolucionario las elecciones deben servir como elementos agitativos destinados a vigorizar la conciencia revolucionaria de las masas y a colocar de manifiesto las condiciones de la extrema desigualdad en las cuales les corresponde librar la batalla por la liberación de la sociedad.

LA VIOLENCIA

El tema anterior nos conduce inevitablemente a la cuestión de los métodos y formas de lucha para la conquista del poder. Ningún otro problema reviste en la hora presente tanta importancia como éste. Nada divide tanto a un reformista de un revolucionario como la respuesta frente al tema de la violencia.

Para los pacifistas hipócritas o ingenuos la violencia no existiría en las llamadas sociedades democráticas.

Esto es una falacia. Todo el orden burgués no es más que la violencia organizada al servicio de una clase. En nombre de dicho orden se persigue, tortura, condena y asesina a quienes disienten con él.

Con razón el autor español González Fernández de la Mora —ideólogo reconocidamente reaccionario— en su obra "El Crepúsculo de las Ideologías", admite este hecho cuando expresa: "Por el modo, el poder político es coercitivo, e incluso, el más democrático, requiere la violencia. El ejercicio del mando ha vertido tanta sangre sobre la tierra que a su lado las actividades más cruentas resultan vegetarianas y monjiles. La historia mundial de la soberanía es inexorable y cruel. La silla curul y la guardia pretoriana son inseparables, como lo son la ley y el haz de los lictores. No se puede gobernar sin herir. El mandato es inevitablemente quirúrgico".

No hay duda: dos concepciones de vida y de lucha están frente a frente, dos derechos: el derecho de los revolucionarios que pugnan por liberar a sus pueblos de la opresión y el derecho de los reaccionarios a preservar el orden opresor. De estos dos derechos nacen dos formas de violencia: la violencia que libera y la violencia que oprime. Los reformistas burgueses reconocen la legitimidad sólo de una de estas violencias, de aquella que preserva los valores de su sociedad, como si estos fueran inmutables y execraran, en cambio, la violencia ejercitada por quienes a lo largo de la historia universal han combatido y combaten por la creación de formas de organización social más justas, racionales y humanas.

Nosotros reivindicamos el derecho a utilizar la violencia revolucionaria como forma y método —éticamente legítimo— de lucha para liberar a los pueblos oprimidos. Inevitablemente, la quiebra de un sistema y su sustitución por otro se produce a través de la lucha armada. La experiencia histórica así lo confirma. El propio orden burgués nació de la guillotina. Nada tiene de extraño que el orden

MILAGROS

Por Click



— Se equivocó de milagro. Lo que queríamos era la multiplicación de los panes; no de los "planes".

socialista nazca del cañón de un fusil.

La pertinencia del empleo de la violencia es una cuestión liberada a las circunstancias objetivas en que le corresponda desarrollarse a un determinado proceso revolucionario. Por esta razón, no se trata de aplicarla irresponsablemente en cualquier instante o en cualquier país. Se trata, empero, de considerarla como un elemento inevitable de toda estrategia de cambios revolucionarios. La oportunidad y las formas que revestirá la lucha armada revolucionaria —repetimos— dependerá de las condiciones reales en las cuales ella sea aplicable.

CONCLUSIONES

En síntesis, los conceptos rectores que diferencian la mentalidad de un reformista de la de un revolucionario no son precisamente de orden programático, sino, esencialmente ellos residen en la definición frente a los temas expuestos.

Los reformistas cuya filosofía se inspira en el socialismo democrático, e incluso los reformistas neoburgueses, dicen estar también luchando por cambiar la actual sociedad capitalista. La discrepancia esencial con ellos se produce cuando se trata de precisar las formas y los métodos a emplear para lograr dichos cambios. Ellos reiteran su confianza en el sistema parlamentarista, en la vía electoral, en el intervencionismo estatal, en el economicismo sindical, en la transformación gradual y paulatina de la sociedad y, en general, en el carácter legal y pacífico del proceso.

Por esto, es evidente que aquello que uno o divide a los que manifiestan su voluntad de cambios no es la mayor o menor adhesión a un programa determinado —por radical que él sea— sino su posición en la lucha diaria y concreta respecto a la problemática planteada en el desarrollo de este trabajo.

Dada la actual fase por la que atraviesa el proceso social y político chileno existe consenso —entre las fuerzas interesadas en producir cambios reales— en cuanto a la necesidad de nacionalizar las riquezas básicas, racionalizar nuestra economía, efectuar una efectiva reforma agraria, redistribuir con justicia el ingreso nacional, socializar los monopolios, etc. Pero en realidad, no existe tal consenso en cuanto a la manera de lograr estos objetivos. Por eso, a nuestro juicio, una auténtica unidad de las fuerzas que están por los cambios no puede ni debe darse atendida solamente su mayor o menor adscripción a una determinada plataforma programática, sino por su decisión —práctica e irrevocable— de utilizar formas de lucha que garanticen la conquista efectiva del poder para la clase trabajadora como única manera de imponer los objetivos programáticos suscritos.

En consecuencia, la unidad popular no puede materializarse sólo en torno a programas, sino esencialmente, en función de la participación efectiva en formas de lucha que demuestren realmente el repudio a los valores burgueses y que importen un cuestionamiento frontal del Poder reaccionario.

CARLOS ALTAMIRANO